

EDMONDE CHARLES—ROUX: *Don Juan de Austria*. Traducción de José Bianco. Buenos Aires, Emecé, 1981. 272 p., 19,5 x 13,5 cm.

En los últimos años se percibe un indudable interés por las biografías y una cierta preferencia por las de mujeres y varones del Renacimiento. La obra que ahora comentamos, sin ser excepcional ni aun novedosa en su concepción y forma, merece un lugar estimable entre las aportaciones recientes. Apareció, en su versión original, en 1959 y fue reeditada, también en París, en 1980.

El interés señalado por las biografías no obedece a una moda superficial o a un mero juego publicitario. Responde a una necesidad de nuestro tiempo por recobrar sus raíces históricas. El Renacimiento, un período cuyo solo nombre constituye ya un problema, marca la entrada del mundo europeo ampliado por los descubrimientos y la conquista de tierras lejanas, en la Edad Moderna. Mientras la ciencia histórica se ha inclinado, con indiscutible acierto, a precisar los aspectos sociales, políticos y económicos, la literatura encuentra un estímulo renovado en las fuertes, audaces, contradictorias y a menudo desconcertantes individualidades. Edmonde Charles-Roux sigue un camino intermedio. Se beneficia, con destreza y sin acarreo erudito visible, de los avances científicos. Su estilo, en cambio, adopta una fluidez agradable de buena narradora. En este sentido, anotemos la excelente traducción de José Bianco.

Dumas hubiera preferido inventar un personaje o llevar a primer plano una figura secundaria y olvidada para tejer una intriga donde los encumbrados revivieran en función de peripecias ficticias. Don Juan de Austria, hombre novelesco, héroe joven, fastuoso, gallardo, impulsivo, con toques de misterio desde su nacimiento, hace superflua la intervención de un D'Artagnan para componer la trama.

Tampoco sigue la autora, sin desecharlo del todo, el ejemplo de Emil Ludwig, de Stefan Zweig o de los incontables adeptos de la corriente biográfica tan leída allá por los años treinta. A diferencia de estos escritores, Edmonde Charles Roux no se interna demasiado en la psicología. Se atiene, en lo fundamental, a la faz pública y épica del hijo natural de Carlos V. No se demora en diagnosticar complejos ni abusa de las presuntas leyes de la herencia. Caracteriza las figuras del contorno del protagonista con pocos trazos y aprovecha las oportunidades para el cuadro amplio, rico en color, o la calculada escena intimista.

La autora cede, sin exagerar la nota, aunque no los maneje como premisas ideológicas, a algunos prejuicios de vieja data. Su *Juan de Austria* obedece a una visión y a una bibliografía demasiado afrancesada. La corte española, al igual que los fines y los medios de la Inquisición están demasiado llevados al negro. En cambio Italia y los italianos adquieren una dominante emocional y decorativa donde entreveremos a ratos la abundancia anecdótica y divertida de Stendhal. Los turcos resultan demasiado exóticos. Sus crueldades, sus hazañas piratescas, la galera de Alí Pachá con sus aposentos secretos adornados de cortinas de brocado y mullidas alfombras que se sospechan escenario de infamias, encubren con exceso la lucidez fría del juego político de la Sublime Puerta en los entreverados intereses del Mediterráneo.

Si hubiera que destacar para el elogio determinados pasajes, elegiríamos dos. El primero, la batalla de Lepanto, la escena central

del drama. El choque de las escuadras, las luchas cuerpo a cuerpo, los cambios de viento y de fortuna, hasta el aniquilamiento final de la flota turca, ponen a prueba la buena mano de la escritora que sabe salir airosa. Páginas de bravura, sin duda, pero muy bien ejecutadas.

El otro pasaje completa el claroscuro. Es la etapa final, decepcionada, triste, torturada, de los días de don Juan en Flandes. Las penurias de dinero para pagar sus tropas, la hostilidad que lo rodea, sus planes sujetos a intrigas y dilaciones cortesanas en Madrid mientras Guillermo de Orange acaudilla la insurrección de los Países Bajos propiciaban un desborde de sentimentalismo sobre la suerte cambiante de los héroes. La autora no cae en este error. Juan de Austria muere literariamente en su ley. Como un señor valiente que conoce la soledad del mando y a los treinta y tres años añora una gloria que no lo dejó satisfecho. Muere —¿envenenado?— el 1^o de octubre de 1578 en el destartado palomar de Bouges, cerca de Namur arrasada por la peste. Bastardo, quiso brillar más que los demás hombres. Quiso, de acuerdo con los ensueños de su época, ser un Jasón o un Alejandro. Quiso, sobre todo, ser un hijo del Emperador sin el demérito de su bastardía.

Oportunos, en fin, los dos anexos que completan el libro. Uno está tomado del relato que el cautivo español hace de sus infortunios en el capítulo XXXIX de la Primera Parte del Quijote. Por su boca, asistimos al destino oscuro para los contemporáneos de un soldado de Urbina que se alistó en la armada de la Santa Liga, peleó bajo el estandarte del señor don Juan y terminó prisionero del enemigo. Es una suerte entre miles, anónima, en oposición al brillo de los generales y los almirantes vencedores. El segundo anexo consiste en un breve extracto de Voltaire tomado de la Enciclopedia. Ilustra y resume el escepticismo del siglo XVIII frente a los resultados reales que atribuye a la batalla de Lepanto. Voltaire, en un balance racionalista, juzga las acciones por sus efectos y desconfía de las trompetas de la fama. No obstante, es demasiado sagaz, de inteligencia demasiado astuta para quedarse en retaceos mezquinos. “Nunca, desde la batalla de Actium —escribe— los mares de Grecia habían visto tropas tan numerosas ni un combate tan memorable.” Hay algo, pues, que trasciende la retórica del heroísmo. Juan de Austria y los suyos mostraron que los turcos, superiores en medios materiales, no eran invencibles.

Adolfo Ruiz Díaz